



## Misa Crismal 2010

*“Cuando Cristo entró en el mundo dijo:...Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad... Por haber cumplido la voluntad de Dios, todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre” (Heb 10, 5-10). “Con esta única oblación ha hecho perfectos de una vez para siempre a quienes han sido consagrados a Dios”(Heb 10, 14).*

Jesucristo es el nuevo cordero pascual “sin mancha y sin tacha” (1 Pe, 1,19) que ha sido degollado y con su sangre ha “adquirido para Dios hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación y los ha constituido en reino para nuestro Dios y en sacerdotes que reinarán sobre la tierra” (Ap 5, 6-13). Así lo testimonia también san Pablo cuando escribe: **“Cristo, nuestro cordero pascual, ya ha sido inmolado”** (1 Cor 5, 7). En consecuencia, según explica la primera carta de Pedro, *“Acercándoos a él, piedra viva rechazada por los hombres, pero escogida y preciosa para Dios, también vosotros, como piedras vivas, vais construyendo un templo espiritual dedicado a un sacerdocio santo, para ofrecer, por medio de Jesucristo, sacrificios espirituales agradables a Dios.”* (1 Pe 2, 4-5). *“Vosotros... sois linaje escogido, sacerdocio regio y nación santa, pueblo adquirido en posesión para anunciar las grandezas del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable.”*(1 Pe 2, 9).

El cristiano ha de ejercer su sacerdocio regio ofreciendo a Dios un sacrificio agradable semejante al de Cristo. Así lo reclama Pablo a los romanos: *“Os pido, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que os ofrezcáis como **sacrificio vivo, santo y agradable a Dios.** Este ha de ser vuestro auténtico culto. No os acomodéis a los criterios de este mundo; al contrario, transformaos, renovad vuestro interior, para que podáis descubrir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto.”* (Rom 12, 1-2).

En este pueblo sacerdotal, y al servicio de la santificación de sus miembros, nos ha constituido el Espíritu Santo a los presbíteros como *“pastores vigilantes de la Iglesia de Dios, que él adquirió con la sangre de su Hijo”* (Hech 20, 28). Esta misión es un don que el Espíritu Santo nos ha concedido mediante la imposición de manos y que siempre hemos de reavivar, para dar testimonio de nuestro Señor con amor y fortaleza, y ser capaces de sufrir por el evangelio con la confianza puesta en el poder de Dios, que nos ha salvado y nos ha dado una vocación santa (2 Tim 1, 6-9).

La exhortación apostólica a Timoteo, para que reavive el don conferido por la imposición de manos, ha sido hecha actual a todos los presbíteros en este año sacerdotal, que “desea contribuir a promover el compromiso de renovación interior de todos los sacerdotes, para que su testimonio evangélico en el mundo de hoy sea más



intenso e incisivo”. (Carta del Papa Benedicto XVI a los sacerdotes con motivo del Año Sacerdotal).

La renovación interior del presbítero se orienta a la configuración con Cristo profeta, sacerdote y rey. En las tres funciones correspondientes de su ministerio debe encontrar el presbítero su forma de configuración con Cristo: **Primero**, en el anuncio del Evangelio, asimilado como forma propia de ser, a semejanza de Cristo, que es la Palabra. **Segundo**, representando a Cristo en la ofrenda del sacrificio de su propia vida para la salvación del mundo, como cordero pascual, por obediencia a la voluntad del Padre. Para ello, se dice al presbítero en la ordenación: “Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor”. **Tercero**, en la imitación fiel de Cristo: él es el Señor, que ha venido a servir; él es el primero, el primogénito de toda criatura, el principio de todo, que tiene la primacía sobre todas las cosas (Col, 1, 15.18) y se ha hecho el último, se despojó de su grandeza, tomó la condición de esclavo y se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz (Filp 2, 7-8); él es el buen pastor, que da la vida por las ovejas.

Este es el tesoro del ministerio presbiteral, cuya extraordinaria fuerza procede de Dios y no de nosotros, que hemos de reavivar continuamente, pues lo llevamos en frágiles vasijas de barro (2 Cor 4, 7). Pero todo lo podemos en Cristo, que vive en nosotros y nos hace vivir creyendo en él, porque nos ha amado y se ha entregado por nosotros (cf Gal 2, 20). “*Dios que nos ama, hará que salgamos victoriosos en todas las pruebas*” (Rom 8, 37). Sabemos en quien hemos puesto nuestra confianza y estamos persuadidos de que tiene poder para asegurar hasta el último día el encargo nos ha dado (cf 2 Tim 1,12). En todas las dificultades del ministerio es Cristo quien nos conforta. “*Porque si es cierto que abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, no es menos cierto que Cristo nos llena de consuelo. Si tenemos que sufrir es para que vosotros recibáis consuelo y salvación.*” (2 Cor 1, 5).

Confesamos con palabras de Pablo que “*Dios nos ha capacitado para ser ministros de una alianza nueva, basada...en la fuerza del Espíritu*” (2 Cor 3, 6). Y reconocemos que “*Todo esto viene de Dios, que por medio de Cristo nos reconcilió consigo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Es decir, Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirle cuentas de sus pecados, y a nosotros nos ha confiado la palabra de la reconciliación*” (2 Cor 5, 18-19).

Reavivando de esta forma el ministerio presbiteral podremos acreditar que “**el sacerdocio es el amor del corazón de Jesús**” para todos los hombres, según la expresión del Cura de Ars. Y así lograremos que sea más reconocida en la Iglesia y en la sociedad “la fidelidad entusiasta de tantos sacerdotes que, a pesar de las dificultades e incomprensiones, perseveran en su vocación de **amigos de Cristo**, llamados personalmente, elegidos y enviados por Él.” (Carta de Benedicto XVI)



La expresión utilizada por el Santo Cura de Ars evoca la herida abierta en el Corazón de Cristo, de la que nacieron el agua y la sangre, símbolos del bautismo y la eucaristía, así como del nacimiento de la Iglesia misma, como nueva Eva sacada del costado del verdadero Adán, “*primogénito de los que triunfan sobre la muerte*” (Col 1, 18). Y así queda expresado también el sufrimiento de los sacerdotes por el evangelio, para ofrecer el consuelo del Evangelio a tantas personas que pasan por la experiencia humana del dolor.

“En este sentido, - ha escrito el Papa - la enseñanza y el ejemplo de san Juan María Vianney pueden ofrecer un punto de referencia significativo. El Cura de Ars era muy humilde, pero consciente de ser, como sacerdote, un inmenso don para su gente. Decía: ‘Un buen pastor, un pastor según el Corazón de Dios, es el tesoro más grande que el buen Dios puede conceder a una parroquia, y uno de los dones más preciosos de la misericordia divina’. Hablaba del sacerdocio como si no fuera posible llegar a percibir toda la grandeza del don y de la tarea confiados a una criatura humana: ‘¡Oh, qué grande es el sacerdote! Si se diese cuenta, moriría... Dios le obedece: pronuncia dos palabras y Nuestro Señor baja del cielo al oír su voz y se encierra en una pequeña hostia...’. Explicando a sus fieles la importancia de los sacramentos decía: ‘Si desapareciese el sacramento del Orden, no tendríamos al Señor. ¿Quién lo ha puesto en el sagrario? El sacerdote. ¿Quién ha recibido vuestra alma apenas nacidos? El sacerdote. ¿Quién la nutre para que pueda terminar su peregrinación? El sacerdote. ¿Quién la preparará para comparecer ante Dios, lavándola por última vez en la sangre de Jesucristo? El sacerdote, siempre el sacerdote. Y si esta alma llegase a morir [a causa del pecado], ¿quién la resucitará y le dará el descanso y la paz? También el sacerdote... ¡Después de Dios, el sacerdote lo es todo!... Él mismo sólo lo entenderá en el cielo. Si comprendiéramos bien lo que representa un sacerdote sobre la tierra, moriríamos: no de pavor, sino de amor... Sin el sacerdote, la muerte y la pasión de Nuestro Señor no servirían de nada. El sacerdote continúa la obra de la redención sobre la tierra... ¿De qué nos serviría una casa llena de oro si no hubiera nadie que nos abriera la puerta? El sacerdote tiene la llave de los tesoros del cielo: él es quien abre la puerta; es el administrador del buen Dios; el administrador de sus bienes.’” (Carta de Benedicto XVI)

Ante la dificultad actual del ministerio, tenemos un modelo en el Cura de Ars, que comenzó su misión con esta oración: "Dios mío, concédeme la conversión de mi parroquia; acepto sufrir todo lo que quieras durante toda mi vida". Y manifestó su identificación total con el ministerio considerando la Iglesia parroquial como su casa. Si alguno tenía necesidad de él, allí lo podía encontrar. Pero “también supo ‘hacerse presente’ en todo el territorio de su parroquia: visitaba a los enfermos y a las familias; organizaba misiones populares y fiestas patronales; recogía y administraba dinero para sus obras de caridad y para las misiones; se ocupaba de las niñas huérfanas de un Instituto que fundó y de sus formadoras; se interesaba por la educación de los niños; fundaba hermandades y llamaba a los laicos a colaborar con él.” (Carta de Benedicto XVI).



Carlos López Hernández

El Cura de Ars enseñaba a orar a sus parroquianos con el testimonio de su vida de oración. Y les decía: "No hay necesidad de hablar mucho para orar bien"... "Sabemos que Jesús está allí, en el sagrario: abramosle nuestro corazón, alegrémonos de su presencia. Ésta es la mejor oración". Y les persuadía: "Venid a comulgar... Venid a vivir de Él para poder vivir con Él...". "Es verdad que no sois dignos, pero lo necesitáis". Pero la educación de los fieles en relación con la presencia eucarística y la comunión era particularmente eficaz cuando veían cómo celebraba la Misa, la manera de expresar la adoración y el amor con que contemplaba la hostia.

Juan María Vianney estaba convencido de que todo el fervor en la vida de un sacerdote depende de la forma de celebrar la Misa: "La causa de la relajación del sacerdote es que descuida la Misa. Dios mío, ¡qué pena el sacerdote que celebra como si estuviese haciendo algo ordinario!". Él ofrecía en cada misa la propia vida como sacrificio. Y explicaba: "¡Cómo aprovecha a un sacerdote ofrecerse a Dios en sacrificio todas las mañanas!".

La identificación personal con el Sacrificio de la Cruz lo llevaba del altar al confesionario. En aquel tiempo, la confesión no era ni más fácil ni más frecuente que en nuestros días, pues la revolución había arrasado desde hacía tiempo la práctica religiosa en Francia. Pero el cura de Ars intentó por todos los medios que sus parroquianos redescubriesen el significado y la belleza de la Penitencia sacramental y su relación con la eucaristía. Para ello, enseñaba a sus feligreses: "No es el pecador el que vuelve a Dios para pedirle perdón, sino Dios mismo quien va tras el pecador y lo hace volver a Él". "Este buen Salvador está tan lleno de amor que nos busca por todas partes". Además, con su prolongada presencia ante el sagrario, consiguió que los fieles comenzasen a imitarlo, yendo a visitar a Jesús, seguros de que allí encontrarían también a su párroco, disponible para escucharlos y perdonarlos. Ars se convirtió en unos años en "el gran hospital de las almas".

El Cura de Ars consiguió cambiar el corazón y la vida de muchas personas, porque fue capaz de hacerles sentir el amor misericordioso del Señor. Con la Palabra y con los Sacramentos, Juan María Vianney edificaba a su pueblo, aunque a veces se agitaba interiormente, porque no se sentía digno del ministerio, hasta el punto de pensar muchas veces en abandonar la responsabilidad parroquial. Sin embargo, con un sentido de la obediencia ejemplar, permaneció siempre en su puesto. Le consumía el celo apostólico y se entregaba totalmente a su propia vocación y misión con una ascesis severa. Decía: "La mayor desgracia para nosotros los párrocos es que el alma se endurezca"; con esto se refería al peligro de que el pastor se acostumbre al estado de pecado o indiferencia en que viven muchas de sus ovejas. Para evitarlo, se mortificaba voluntariamente en favor de las almas que le habían sido confiadas y asumía la expiación de tantos pecados oídos en confesión. A un hermano sacerdote, le explicaba: "Le diré cuál es mi receta: doy a los pecadores una penitencia pequeña y el resto lo hago yo por ellos". Las almas cuestan la sangre de Cristo y el sacerdote no puede dedicarse a su salvación sin participar personalmente en el "alto precio" de la redención.



Carlos López Hernández

En la actualidad, como en los tiempos difíciles del Cura de Ars, es preciso que los sacerdotes, con nuestra vida y obras, nos distingamos por un vigoroso testimonio evangélico. Para que no nos quedemos existencialmente vacíos, dificultando la eficacia de nuestro ministerio, debemos preguntarnos: "¿Estamos realmente impregnados por la palabra de Dios? ¿Es ella en verdad el alimento del que vivimos, más que lo que pueda ser el pan y las cosas de este mundo? ¿La conocemos verdaderamente? ¿La amamos? ¿Nos ocupamos interiormente de esta palabra hasta el punto de que realmente deja una impronta en nuestra vida y forma nuestro pensamiento?" (Carta de Benedicto XVI)

Con su admirable pobreza evangélica, su ascesis de la castidad, su actitud de obediencia, su ferviente vida de oración, su espiritualidad eucarística y su amor a Jesús crucificado, Juan María Vianney alimentó su entrega cotidiana sin reservas a Dios y a la Iglesia.

Siguiendo su ejemplo, hemos de dejarnos configurar por Cristo, para ser también nosotros, en el mundo de hoy, ministros de reconciliación y santificación, y testigos de amor y de esperanza.

Con este propósito renovamos hoy las promesas de nuestra ordenación. Y para seguir realizando nuestro ministerio de santificación en nombre de Cristo bendecimos los oleos de los catecúmenos y los enfermos y consagramos el santo crisma.